

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA, ACCIÓN PERENNE DEL ESPÍRITU



Francisco Martínez García
Zaragoza 2004

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA, ACCIÓN PERENNE DEL ESPÍRITU SANTO

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA

La resurrección de Cristo de entre los muertos es el fundamento y núcleo de la vida cristiana. Es una acción del Padre por la que declara ante los hombres que Jesús es su Hijo, que lo ha exaltado a su derecha y lo ha constituido Señor de la historia y de la nueva humanidad. La Pascua es lo único y todo lo que celebró la Iglesia de los primeros siglos. Y sigue siendo, debería serlo, la fiesta única y total. Es una acción realizada por Dios con sello de actualidad y validez perpetua para que pueda alcanzar a los creyentes de todos los tiempos.

UNA CONVERGENCIA DE IMPOSIBLES SUPERADOS

La muerte es el límite absoluto e infranqueable del pensamiento y del poder humanos. Sólo Dios puede salvar el foso entre la muerte y la vida. La crucifixión de Jesús hundió a los discípulos en la crisis total. Ante los ojos del pueblo apareció como falsa la pretensión de Jesús de ser el enviado de Dios. Los discípulos huyeron despavoridos a refugiarse en Galilea. Sólo permaneció en Jerusalén un grupo de mujeres y algún simpatizante. Un hombre ajeno al grupo de los doce asumió el deber de inhumar el cuerpo de Cristo. El final vergonzoso de Jesús supuso la catástrofe definitiva. La fe y esperanzas alumbradas por Jesús se hundieron por completo. La ejecución de Jesús hacía de su mensaje un error, anulaba la fe en su persona y proyecto y arrasaba la comunidad reunida en torno a él. ¿Cómo podrían los discípulos mantener la mínima pretensión de predicar una nueva religión basada en un hombre ejecutado cuando la crucifixión era entendida como maldición de Dios y excomunión por parte del pueblo? Un cambio de perspectiva sólo podía brotar de una intervención directa de Dios.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, ACCIÓN PODEROSA DEL PADRE

En esta situación acontece un suceso insospechado: ante el mayor fracaso, la máxima reacción. Poco tiempo después de la ejecución de Jesús los discípulos, en un cambio repentizado, y superando peligros y dificultades límite, están sorprendentemente en Jerusalén, arracimados en la audacia de formar la primera comunidad. Todo, en el Nuevo Testamento, con absoluta uniformidad, refleja la repentina convicción fundamental y pública de la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Los más antiguos testimonios de la creencia en la resurrección de Jesús, proceden de los primeros años después de su muerte. La fórmula original más primitiva es una afirmación sobre la acción directa de Dios que tiene como trasfondo la fe judía en el Dios poderoso "que ha hecho el cielo y la tierra" (Gn 1,1), "que os sacó de Egipto" (Ex 13,14), y que ahora, irrumpiendo poderosamente en la historia, saca a Jesús del dominio de la muerte y lo constituye en poder: "Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos", "lo ha exaltado a su derecha", "lo ha vivificado", "lo ha constituido en Mesías-Señor-Hijo de Dios", lo "ha glorificado", "lo ha resucitado". En un plano derivado, estas afirmaciones tienen un sentido cristológico: ha sido constituido mediador de salvación, nos está vivificando. De ahí la antiquísima invocación aramea "¡Marana tha!" con la que Cristo mismo es invocado. En su nombre se bautiza. Todo esto se hace en un ambiente judío en el que la invocación, el Shema, sólo a Dios puede hacerse.

Tras estas fórmulas breves y primitivas se suceden otras fórmulas más complejas de confesión de fe como la que Pablo menciona en 1 Corintios 15,3, que sin duda procede del judeocristianismo de lengua griega, hacia el año treinta y cinco, y que refleja un cierto trasfondo original arameo: "Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, fue sepultado y al tercer día resucitó según las Escrituras y apareció a Cefas y después a los doce".

UN CRISTO RESUCITADO CON NOSOTROS Y PARA NOSOTROS

Uno de los riesgos que más perjudican la fe del pueblo cristiano, hoy y en todos los tiempos, es la separación, en la conciencia y en la piedad, entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Durante siglos, y debido a las herejías primitivas, las cristologías se han centrado en Cristo para estudiarle como verdadero hombre, como verdadero Dios, en su unidad de persona en dos naturalezas, humana y divina. Ha ocupado más interés el Jesús de la historia que el Cristo de la fe. No se ha vinculado fuertemente a su persona el porqué vino y el para qué. Jesús es inseparable de su obra. El Cristo de la fe también es historia y es la realidad culminante del mismo Jesús histórico. A muchos, todavía hoy, les cuesta ver en el primer plano la comunidad cristiana como Cuerpo místico de Cristo. No se asientan sobre el misterio de Cristo tal como lo vive el año litúrgico. Junto a un Cristo manifiesto, expresado en imágenes, hay otro más o menos oculto que nos afecta de lleno. La filosofía helénica, en su doctrina sobre los atributos de Dios, y las devociones populares, centradas en el santoral más que en el año litúrgico, nos ofrecen un Dios más filosófico o cultural que evangélico.

Sin embargo al hombre real sólo se le puede entender a través del Cristo de la fe. La antropología es cristología. Dios no ha querido aparecer como una divinidad abstracta. Es el Dios que se anonada, según Filipenses 2, y un Dios que se apasiona y enamora del hombre, según el Cantar de los Cantares. El cristianismo no sabe hablar de un destino del hombre sin Cristo. El planteamiento de una teología que no implicaba necesariamente una antropología, está en la base de la deserción de millones de creyentes. Hablar bien de Dios lleva consigo hablar muy bien del hombre. Hay que prestar atención a aquello que a Jesús le pareció lo más irrenunciable de su vida, el motivo central de su acción redentora. Algo fundamental en la vida de Jesús es que él no sólo cree en la resurrección de los justos en el último día; sabe que él en persona inaugura el misterio de la resurrección pues Dios le ha confiado el dominio

sobre la vida y la muerte. Creer es adentrarse en la experiencia pascual. La Iglesia de hoy encontrará una oportunidad histórica para la nueva evangelización si nunca ya separa a Cristo del hombre, fundidos en un mismo misterio como realización de una historia única.

LOS DOS ESQUEMAS MENTALES DE REPRESENTACIÓN DE LA RESURRECCIÓN

En la mentalidad ambiental podríamos distinguir dos esquemas diferentes. Uno que dominó durante los primeros siglos y se vuelve a imponer actualmente. Otro propio de la edad media y que sigue en vigor en la mentalidad popular.

El esquema primitivo y contemporáneo hace pasar a Cristo por la crucifixión, sepultura, descenso a los infiernos, resurrección y exaltación, como un todo indiviso. La distinción y separación de esos momentos obedece a exigencias del mensaje que debe ser propuesto y adaptado a las posibilidades y ritmos de la comunidad.

El esquema popular imperante durante mucho tiempo sitúa primero a Cristo en la tierra: crucifixión, muerte, sepultura tres días; nuevamente lo devuelve a la tierra durante cuarenta días de cara a las apariciones; y finalmente tiene lugar su acceso al cielo por la Ascensión, y después el envío del Espíritu.

Durante los primeros siete siglos de la Iglesia la iconografía describe a Jesús resucitado saliendo no del sepulcro, sino de los infiernos. El significado es sugerente y profundo. En el mensaje del Nuevo Testamento y de los Padres de la Iglesia la resurrección de Cristo no es una mera resucitación fisiológica: es la victoria contra el mal total, la muerte y el pecado. El pensamiento hebreo afirma que el hombre no es aniquilado en la muerte. Desciende al Sheol, el Hades, un lugar frío y de tinieblas, un país sin retorno, de desolación e inmensa soledad, donde nada tiene significación. El mal total es el alejamiento de Dios, no poder ya alabarle. La muerte, como el pecado, es el mal más profundo, es desmoronamiento de la existencia humana. El pecado y el mal, de los que se deriva la muerte, no son sólo de orden biológico,

moral y humano, sino infernal, total. Es el desastre integral, la absoluta negación de la vida como proyecto y destino. Jesús no ha vencido el mal sólo en la cruz, ni en el sepulcro mismo, sino en su propia casa, en su mismo seno, en los infiernos. Cristo posee las llaves de la muerte y del Hades (Ap 1,18). La victoria de Jesús sobre la muerte no es sólo de signo biológico, sino teológico. Vence el mal profundo e integral. Y recupera no simplemente la vida biológica, como en el caso de una resucitación temporal, sino la Vida celeste y gloriosa.

La resurrección no se identifica con las apariciones. Son manifestaciones, pero no contenido. Son hierofanías, manifestación de alguien que está en los cielos, no manifestaciones de alguien que está en algún lugar de la tierra. No representan un maravilloso retorno a la tierra. Dios no es adaptable al alojamiento físico del hombre, ni el hombre tiene capacidad natural de "ver" directamente a Dios, o a Cristo Espíritu vivificante. Son sin duda un hecho, una fuerte experiencia obrada por Dios.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, ACONTECIMIENTO DE FE

La resurrección de Cristo es un acontecimiento que no tiene analogías ni paralelos. Se realiza en el ámbito de la revelación. Es un mensaje de fe. No es la resucitación o reanimación de un cadáver como el de Lázaro. No es el retorno a las condiciones de existencia terrena empíricamente comprobables y a una vida de nuevo mortal. La resurrección de Jesús trasciende el marco de lo que se puede comprobar empíricamente. Es el paso a la forma de existencia definitiva junto a Dios que a nosotros todavía se nos esconde. Ni lo divino es acomodado a los ojos, ni los ojos tienen capacidad de percibir el modo propio de existir de Dios. El dato sumo que puede alcanzarse en el plano de la metodología histórica es la fe pascual de los discípulos, su afirmación unánime de la resurrección de Jesús.

La resurrección de Jesús y la vivificación de la comunidad representan un mismo hecho. La experiencia de fe y el testimonio espiritual hace de la comunidad una resurrección

con naturaleza y destino universal que se podría constatar en el cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, y en la misma historia, mucho más que en la realidad fisiológica de Jesús. Transciende con mucho su realidad meramente individual y física. La insistencia de los documentos en un Jesús que se ofrece para ser visto y palpado obedece a una reacción contra la cultura helénica siempre recelosa de la carne, exclusivamente atenta al espíritu, y a ciertas corrientes primitivas que piensan o hablan de un Cristo aparente, no real. Pero, en todo caso, tampoco se trata de una presencia sensible y carnal de una manera que pueda ser comprobada de forma objetiva y neutral. Lo que se afirma es que el resucitado sigue llevando las huellas de la pasión, sigue siendo el crucificado. Es el mismo que ahora está en la gloria.

Ha sido una tentación constante el querer penetrar en el suceso de la resurrección de Cristo por el camino de la curiosidad, de la razón, de la búsqueda de pruebas que demuestran. Esto es hacer inviable el camino del encuentro con Cristo resucitado. Para los mismos evangelios el sepulcro vacío no es una prueba de la resurrección. Es una invitación expresa a abandonar el sepulcro y a no perder inútilmente el tiempo buscando a Jesús justamente donde ya no se le debe buscar. Quien desee encontrar a Jesús debe escuchar el mensaje e ir a encontrarlo en la comunión de la comunidad que le sigue.

Los evangelios escenifican las apariciones utilizando las narraciones que les llegan a ellos no con el ánimo de reconstruir la historia acaecida, sino con la preocupación de transmitir un mensaje de fe. De ahí las diversas variantes, e incluso fuertes divergencias (Mc 16,9-20; Mt 28,16-20; Lc 24,13-53; Jn 20,19-29; 21,1-21). El mensaje que concentran es que Cristo ha resucitado, que ahora es el Señor. En todas ellas sobresale el encuentro libre e incontrolable del resucitado. Nadie le convoca o le atrapa y retiene. Aparece donde quiere y como quiere. En algunas aparece de forma reconocible. En otras de forma no reconocible. El acontecimiento no pertenece a la fenomenología ordinaria. Los mismos testigos no se aclaran. Le confunden con el hortelano, un fantasma, un vulgar caminante. Hay titubeos y

resistencias. Así ocurre con Tomás y con los once en el relato de las mujeres. Los ojos sólo concluyen en firme cuando abocan a la fe, que es lo firme y seguro. Éste es el espacio donde el resucitado quiere ser encontrado, no en el de los sentidos corporales, sino en el hombre entero.

Es el mismo Jesús quien especifica de modo preciso el camino del encuentro: "¡Dichosos los que sin haber visto creen!" (Jn 20,29). Juan, el hombre más próximo al Señor, confiesa de sí: "Vio y creyó" (Jn 20,8). Los discípulos de Emaús caminaron juntos con Cristo sin reconocerle físicamente. Gráficamente dice Lucas: "Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron" (24,31). Este abrir de los ojos no era un ver fisiológico o mental. Era una experiencia fascinante sobre Cristo, su vida y mensaje, su muerte y resurrección, un desbordamiento del Espíritu tomando a las personas por entero. Jesús siempre expresó recelo por el maravilloso de los milagros al margen de la fe. Creer en una persona es algo de otro orden que el milagro. Es fiarse de alguien por él mismo. No es un probar y comprobar de los ojos o de la razón.

Los fariseos se habían acercado a Jesús en su vida diciendo: "Maestro, queremos ver una señal hecha por ti. Mas él respondió: ¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque de la misma manera que el profeta Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del Hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches" (Mt 12,38-40). Al funcionario real que le pide la curación del hijo contesta Jesús: "Si no veis señales y prodigios no creéis" (Jn 4,48). La fe en Cristo no termina en enunciados, sino en él mismo como muerto y resucitado: "Estaba muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos" (Ap 1,18). Creer es signo de estar ya resucitado (Jn 11,25). Es caminar en la luz (Jn 12,46). Es poseer la vida eterna (Jn 3,16). Dios concede la resurrección a los que creen. Tal es el mensaje de Pedro (Hch 3,16) y de Pablo (Hch 13,39).

EN EL CORAZÓN DEL ACONTECIMIENTO

La resurrección, como realidad que acontece, no es un suceso físicamente comprobable. Es una revelación. En ella coinciden diferentes expresiones del mismo suceso. Se trata de una convergencia de múltiples hechos como fruto y resultado de una acción del Espíritu que va del cuerpo ya espiritual y vivificante del resucitado, al cuerpo de la primera comunidad con destinación a la humanidad entera. Ahí coinciden los testimonios de Jesús durante su predicación y que ahora son comprendidos en una nueva luz; la irrupción de una poderosa fuerza divina que tiene su origen y expresión en Cristo resucitado que ilumina y conmueve; una experiencia intensa y fuerte que estremece de gozo en el Espíritu santo como aconteció en Jesús ante la relación de los sencillos (Mt 11,25-27); un mensaje o revelación fuertemente impactante, creído, vivido, testificado y transmitido; un nuevo y fascinante estilo de vida en los creyentes.

LA RESURRECCIÓN COMO MENSAJE TRANSMITIDO Y FE ACOGIDA

Ya desde el primer momento, los discípulos y los seguidores de Jesús han dado una dimensión de su resurrección muy diferente de la que relatan los historiadores. Es la que procede de la fe. No se trata de un Cristo narrado, sino vivido. No es simplemente la suma de unas noticias de la historia y de una piedad añadida basada en una imitación moral. Sino la de un suceso vivido. Una realidad no es simplemente ella, sino lo que llega a ser. Insistimos: Jesús no es él sólo, sino su porqué y para qué vino. Su misión y obra. Su relación con nosotros.

En este hecho tiene una importancia singular la fe como mensaje transmitido y acogido. A Jesús se le ha narrado y se le ha creído. Antes que existieran los evangelios, ya existían las tradiciones sobre Jesús. Lo que no se narra deja de ser historia. El hombre es un ser que narra y es narrado. La narración constituye el carácter duradero de todas las cosas. Contar una cosa es hacerla perdurable. Junto al yo narrado, hay otro, un segundo, que narra, y un tercero más a quien se narra. La

palabra es comunicación, animación, recreación, vivificación, constituye el acontecimiento de todas las cosas. La vida se identifica con el relato. Vivir es relatar, narrar es vivir. Jesús mismo apela a las Escrituras para decir su existencia gloriosa. Los evangelios no son libros de historia: son escritos para que los hombres crean. No ofrecen sólo un Jesús conocido, sino creído. Son hechos no sólo históricos, sino teológicos. Jesús, a quienes le están viendo, interroga: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?". Jesús es una revelación que suscita la fe.

Una obra sólo existe, sólo está acabada, en relación con un público. El texto, una obra, no está completo sólo cuando es redactado por el autor (identidad histórica), ni cuando es efectuado por el intérprete (identidad narrativa), sino cuando es percibido por el público (identidad confesante). El texto nunca es utilizado como texto muerto. Es como una brasa bajo ceniza que es puesto en acto al ser reinterpretado. Sólo aparece a quien sopla y percibe, cuando el actor lo activa. Ha sido escrito" para que creáis". El hombre es un ser que interpreta. Un texto, una obra, no existen sino en relación con un público. Un texto narrativo sólo llega a su cumplimiento cuando el lector se apropia del mismo. Está inacabado cuando no es leído. Cuando leemos no sólo entendemos su sentido, sino el de nuestra propia vida y destino. La fe nos cambia la existencia y el nombre. Somos seres abiertos, un hervidero de posibilidades nuevas emergentes. El mensaje no lo es tal como memoria muerta, sino como memoria viva. Una doctrina verdadera se convierte en falsa a causa de la somnolencia. El texto se escribe para que creamos y vivamos.

La resurrección de Cristo es un hecho de fe proclamada y acogida. Es una fuerte experiencia interior y comunitaria obrada por el Espíritu. El peso de las palabras está por encima del de los hechos. Hay primero un acontecimiento palabra, anuncio, mensaje. El mensaje es tan importante que ocupa el puesto del objeto buscado, el cuerpo de Jesús. Es un mensaje proclamado, transmitido, hecho confesión de fe. Es una explosión de lenguaje que transforma los sujetos en testigos. Lo comunicado por la palabra y lo acogido en el corazón por la fe,

es transmitido con tal fuerza que hace clamar con una seguridad exultante: ¡Es el Señor! No se trata de un evento histórico perceptible. Sería su empobrecimiento y reducción. Es la transformación más real y profunda que ha podido acontecer en la historia y que compromete la palabra, la fe, la experiencia del Espíritu que obra y sigue obrando en la comunidad. Es un cambio absoluto de vida.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA, OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

La vida de Cristo es toda entera obra del Espíritu de Dios, desde Nazaret hasta Pentecostés. El texto neotestamentario clave que vincula la resurrección de Cristo con la nuestra es Romanos 8,11: "Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros". Es el cumplimiento de lo vaticinado en los profetas. Ezequiel, en el capítulo 37 ofrece la sorprendente visión de los huesos secos vueltos a la vida por el Espíritu de Dios: "Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis" (14). Pedro, en su primer discurso a los judíos relaciona al Espíritu con la resurrección: "A este Jesús Dios lo resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís" (Hch 2,32-33). Como era hombre lo mataron, pero como poseía el Espíritu fue devuelto a la vida" (1 Pdr 3,18).

El don del Espíritu tiene su fuente en la resurrección de Jesús: "No había Espíritu porque Jesús todavía no había sido glorificado" (Jn 7,39). El Espíritu habita en el cristiano (Rom 8,9; 1 Cor 3,16), en su cuerpo (1 Cor 6,19), en su espíritu (Rom 8,16), y es primicias (Rom 8,23) y arras (2 Cor 1,22; 5,5) de la gloria. "Por Cristo tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu" (Ef 2,18). La resurrección de Cristo tiene destinación universal. Él resucitó primero de entre los muertos, como Primogénito (1 Cor 15,20; Hch 26,23; Col 1,18; Ap 1,5) Y es principio no solo de resurrección futura, sino actual, pues en Cristo ya estamos

vivificados, resucitados y sentados con él en los cielos (Ef 2,6). Cristo es "la resurrección y la vida" (Jn 11,25). Lucas, al relatar Pentecostés, dice "y sucederá en los últimos días ..." De tal manera el Espíritu está vinculado a la resurrección que Pentecostés nunca fue en los primeros tiempos una fiesta autónoma, la fiesta del Espíritu Santo en cuanto tal. Fue en el curso del siglo IV cuando se comenzaron a distinguir las fiestas de la resurrección, Ascensión y Pentecostés.

LA IMPORTANCIA DECISIVA DE LA COMUNIDAD EN LA RESURRECCIÓN

Si Dios es amor, resucitar es amar. Y esto es inviable sin comunidad. La resurrección es mensaje transmitido y fe acogida. Es donación mutua de gracia y de Espíritu santo, de fe y de esperanza compartida. Es en una tradición viva y continuada, realizada mediante procesos psíquicos y de comunicación, de gracia y de Espíritu santo, nunca suspendidos, de los discípulos hasta nuestros días, como se fue transmitiendo la experiencia de Cristo muerto y resucitado. La resurrección de Cristo no solo cambió la vida de sus discípulos inmediatos, sino la de sus seguidores de todos los tiempos.

La experiencia de los apóstoles y discípulos en los comienzos es una experiencia de ruptura y de novedad que nosotros ya no podemos repetir. La experiencia pascual de los primeros testigos apostólicos es el lugar y el medio de la manifestación originaria del resucitado en la historia. La fe pascual posterior está fundamentada sobre esta primera experiencia. Sin embargo, los testimonios de tales experiencias pascuales, vi-vidas ya hace tanto tiempo, nunca constituyeron en exclusiva el fundamento genuino y último de la fe pascual de los cristianos posteriores. Estos hicieron también sus propias experiencias de la presencia permanente del Señor resucitado. No es cierto que sólo ellos experimentaron y que nosotros ahora sólo tenemos noticias sobre lo que ellos vivieron. Nuestra fe no es una fe de mera autoridad, de la certeza que brota de los testigos originarios. La fe de quienes hemos venido después se apoya en Jesús mismo experimentado como vivo. No es una fe

puramente prestada, sino personalizada.

También para los creyentes de todos los tiempos hay una inmediatez de encuentro personal con Cristo resucitado, una experiencia y vivencia de su presencia en espíritu, aunque el Señor no se aparezca ahora como se apareció a Pedro y a los discípulos de Emaús.

Cristo camina con nosotros y se deja experimentar en una comunión de fe viva, en la palabra de la Escritura y en la eucaristía (Le 24,30- 32), en la atención a los más pequeños (Mt 25,31-45), bien en la mística de los creyentes cuando viven la alegría de la fe, bien en casos de experiencia mística particular.

La comunión y solidaridad viva y firme de quienes siguen a Jesús por el camino de la conducta práctica es hoy el verdadero lugar de la experiencia pascual, la señal y el medio de la permanente presencia del resucitado en el mundo.

El fundamento de la fe es ciertamente el Jesús histórico, pero en su calidad de Señor resucitado, testificado por los primeros testigos, pero también experimentado por los propios creyentes como actualmente operante.

La comunidad cristiana es el espacio privilegiado de la manifestación de la resurrección de Cristo y ella misma es fuente y manantial de la vida nueva para el mundo. Esta vida nueva que es Cristo en nosotros como esperanza de gloria ha de estar encarnada en una seglaridad creyente y confesante. Es importante que la comunidad cristiana y cada uno de los creyentes se sientan bajo la influencia directa del Espíritu Santo. Pero también es imprescindible saber expresarla en las condiciones esenciales de la existencia humana temporal, personal y social. Insistimos: si Dios es amor, resucitar es amar. Y amar hoy y aquí. El desarrollo económico, la promoción cultural y social, la humanización de la convivencia y de las estructuras, la solidaridad integral son expresiones de fe y de resurrección cristiana.

Resurrección es, ante todo, ser y hacer comunidad. Acelerar la madurez plena, humana y cristiana, de la historia universal y particular, de las personas y comunidades, superando la somnolencia de la irresponsabilidad y del

individualismo, de la inconsciencia y de la pérdida del sentido de participación y de integración. Es preciso saber invertir el curso de una historia de evidente decadencia de la fe. La ejecución de Jesús puso en fuga a sus discípulos. El declive de la fe ha originado la fuga de millones de creyentes. También ellos creen hoy que se trata del fin de la Iglesia. La historia de la humanidad, el proyecto de evangelización de los pueblos, han de conocer un acelerón debido a la presencia responsable de todos nosotros, sumándonos a las energías del Espíritu. Ello requiere:

Una nueva conciencia: es difícil una catequesis nueva sin tener a primera vista el Concilio Vaticano II y los notables y lúcidos estudios actuales sobre Biblia, teología, antropología.

Una nueva forma de vivir la fe, superadora de la grave ignorancia del pueblo, centrada en la vivencia del misterio pascual tal como celebra el año litúrgico, y no tanto en el santoral y devociones populares.

Un mayor protagonismo celebrante y confesante del pueblo de Dios, de las comunidades seglares que sientan como propia vocación componer y arreglar según Dios los asuntos temporales, que llene de contenido social las celebraciones de la fe, que valore mucho más el sacrificio existencial, y no se detenga en el puramente ritual.

Un nuevo modo de hacernos presentes en la historia, sabiendo eliminar falsas adherencias nacidas en interpretaciones culturales superadas, bien de falso poder, bien de formas de poder encerradas en prácticas gananciosas egoístas, de salvación individual, ajenas al sentido solidario y de gratuidad de la cruz y de una eucaristía renovada.

Un nuevo acercamiento al hombre, a todos los hombres, asumiendo sus aspiraciones, necesidades, esperanzas, y comprometidos en la erradicación de sufrimientos, carencias, injusticias y tristezas.

Claro compromiso de fidelidad y lealtad a evangelio, a la persona de Jesucristo, asumiendo una fe más compartida, un amor más dado y recibido, un discernimiento fraterno continuo para poner personas y situaciones en trance de comunión y de

salvación integral y definitiva.

www.centroberit.com

e-mail: berit@centroberit.com

Método Catecumenal Re-vi-be

Centro Berit

Albareda 14,1º

Tfno. 976.44.04.14

50.004 ZARAGOZA